

## UN HOMENAJE AL DR. ABELARDO BUCH LÓPEZ (1912—1996), PADRE DE LA NEFROLOGÍA CUBANA.<sup>1</sup>

Rita M. Buch Sánchez

Han transcurrido 50 años desde que se fundó en Cuba el “Instituto de Nefrología” que ostenta el nombre del Profesor “Dr. Abelardo Buch López”, y sus resultados siguen siendo orgullo de la medicina cubana. Con una actividad sencilla, pero profundamente emotiva, su actual director, el Dr. Guillermo Guerra Bustillo, junto a su equipo de trabajo, ante la presencia de algunos invitados y de los fundadores que aún viven y fueron testigos y partícipes de aquella epopeya de la medicina cubana en los primeros años de la Revolución que triunfó el 1ro. de enero de 1959, evocó con emoción y respeto, los inicios de la especialidad en Cuba, el trabajo abnegado de sus fundadores y el papel de vanguardia que desempeñó en aquellos días el Profesor de Medicina Interna, Dr. Abelardo Buch López, *padre de la nefrología cubana*, destacando la importancia de seguir su ejemplo, para las presentes y futuras generaciones de nefrólogos.

-----

Al triunfo de la Revolución, la *Nefrología* no existía como especialidad médica. Las primeras hemodiálisis habían sido realizadas en casos de insuficiencia renal aguda, en la capital del país, en el Hospital Clínico Quirúrgico Municipal “Mercedes del Puerto” (actual Clínico Quirúrgico Docente “Joaquín Albarrán”), por el Dr. Guido Álvarez Pérez -médico y cirujano, sin formación clínica, pero entrenado por pocos meses en el servicio del profesor Kolff en los Estados Unidos de Norteamérica -, sin tener apenas cobertura clínica y con una alta mortalidad.

Las practicaba en el más absoluto secreto y con la ayuda de un solo técnico: su padre. En 1961, el Dr. Álvarez, único médico que conocía el funcionamiento del también único equipo de “Riñón Artificial” que se utilizaba en el país (de los cuatro que existían, 2 de ellos en Clínicas Privadas), abandona Cuba clandestinamente, sin haber enseñado a nadie a hacer diálisis; súbitamente se vio interrumpido este servicio, en el momento en que eran más frecuentes las anurias agudas, como consecuencia del shock, las transfusiones sanguíneas incompatibles y los abortos clandestinos.

Esto costó muchas vidas, aunque lamentablemente no se conservan registros de la mortalidad por esa causa, en aquellos días<sup>2</sup>.

Ante esta crítica situación, el Dr. Abelardo Buch López, profesor de Medicina Interna del Hospital Clínico Quirúrgico “Joaquín Albarrán”, gestionó con el Ministro

---

<sup>1</sup> En el 50 aniversario de la fundación del Instituto de Nefrología de Cuba.

<sup>2</sup> Jorge Pablo Alfonzo Guerra: *Historia de la Nefrología en Cuba*. Editorial Ciencias Médicas. La Habana, 2013, p.130.

de Salud Pública, la posibilidad más rápida y factible de reiniciar el funcionamiento del equipo inutilizado, para lograr el tratamiento de estos enfermos.

En ese tiempo, en Cuba no existía la Nefrología, y de hecho, recién comenzaba a desarrollarse como especialidad en el mundo. Junto a Estados Unidos, Francia e Inglaterra, Checoslovaquia había empezado a desarrollarla, hacía 4 años.

A mediados de 1962, se encontraba en Cuba un médico checo, prestando servicios como asesor del Ministerio de Salud Pública, quien le sugiere al Ministro, Dr. José Ramón Machado Ventura, establecer contacto con el profesor Jan Brod, Jefe del Servicio de Nefrología del Instituto de Cardiología de Praga (IKEM), el cual envió a su asistente, Dr. Jiri Jirka, médico con 11 años de experiencia en atención al enfermo renal, quien viajó a Cuba de inmediato, con el objetivo de enseñar las técnicas para el funcionamiento del “Riñón Artificial” y colaborar en la formación del primer grupo de nefrólogos cubanos, que debía formarse aceleradamente, para resolver los problemas renales que se presentaban en todo el país.

El Ministro de Salud Pública, le asignó al Profesor de Medicina Interna, Dr. Abelardo Buch, la tarea de seleccionar y dirigir a un pequeño grupo de médicos, que constituirían el núcleo inicial de aquella actividad. Fueron escogidos dos especialistas en Medicina Interna, los doctores Charles Magrans y Reynaldo Mañalich, quienes trabajaban también en el Hospital “Joaquín Albarrán”, en el que fueron situados dos “Riñones Artificiales”, en un cuarto preparado para ese fin, que estaba ubicado al final de la sala de pensionados, en el quinto piso de ese hospital<sup>3</sup>.

Al llegar a Cuba, el Dr. Jirka, a pesar de su larga experiencia como nefrólogo, se encontró con la triste realidad de que desconocía el funcionamiento del tipo de aparato que tenía ese hospital, el cual era diferente al que se utilizaba en Praga. Por ello, unido a ese pequeño grupo inicial, formado por tres médicos cubanos, que diariamente tenían que cumplir las funciones docentes y asistenciales que les correspondía como especialistas en Medicina Interna, el propio galeno checo tuvo que enfrentar el reto que significaba aprender entre todos, el funcionamiento del equipo en la práctica cotidiana. Con su presencia y experiencia como nefrólogo, su gran optimismo que le mantenía siempre sonriente, sin hablar español, pero con la sencillez que le caracterizaba, y su infinita solidaridad y amor por los colegas cubanos, el Dr. Jirka aprendió al tiempo que ellos, la utilización de ese tipo de “Riñón Artificial”<sup>4</sup>. Así, entre todos, lograron aprender el manejo del equipo y comenzaron a hacer hemodiálisis. Fue una verdadera epopeya de la medicina cubana, que tras muchos sacrificios personales y noches en vela, culminó victoriosa. Muchas vidas que antes se perdían irremediabilmente, comenzaron a salvarse.

---

<sup>3</sup> Ibid, p.130.

<sup>4</sup> Ibid, p.130-131.

Así nacía, casi sin que tuvieran tiempo de darse cuenta, la Primera Unidad Dialítica del país, en la Habana. La presencia del Dr. Jirka fue muy importante y decisiva. Por la modestia y sencillez que esencialmente caracterizaban su personalidad, muy pronto el asesor extranjero se convirtió en un galeno más dentro del equipo cubano. Amaba a Cuba y a los cubanos, mucho más porque conoció de cerca la realidad de su pueblo y las consecuencias del bloqueo impuesto a la isla por los E.U. en el campo de la Medicina. Ahí nació también su entrañable amistad con el Dr. Buch, que con el tiempo se extendería a sus respectivas familias y se mantuvo incólume a lo largo de los años.

A finales de septiembre de 1963, el Dr. Jirka tuvo que regresar al IKEM, para participar como Secretario en el Segundo Congreso Internacional de Nefrología (y el primero que se celebraba bajo el auspicio de la recién fundada Sociedad Internacional de Nefrología), celebrado en Praga. El Dr. Buch fue invitado como delegado. Al culminar el magno evento, permanecería en esa ciudad por espacio de tres meses, para pasar allí un entrenamiento en las principales técnicas dialíticas, al tiempo que su participación en el Congreso le permitió la actualización en los avances obtenidos por la Nefrología a nivel mundial y la ampliación de las relaciones científico-académicas con reconocidos nefrólogos de otros países.

Este fue un período definitorio y decisivo para la consolidación de su ya amplia formación como médico, como internista y como nefrólogo. El camino estaba trazado y su conciencia médica y ciudadana le indicaba que debía concentrar todos sus esfuerzos futuros en desarrollar la Nefrología en su país. Años después, en 1985, rememorando su vida, expresaba en su *Autobiografía*:

“En 1964, fui por 4 meses a Santiago de Cuba para organizar en esa provincia la primera Cátedra de Medicina Interna y abrir la Segunda Unidad Dialítica del País, abandonando durante ese tiempo, la clientela privada que había hecho con tanto esfuerzo, tal y como lo había hecho en 1963 durante los más de tres meses que estuve en Praga, y mi consulta tenía más de mil pesos de gastos mensuales, ya que mantenía a siete empleados. Estos hechos me convencieron de que ya mi camino no era la clientela privada, sino la Medicina Revolucionaria, decidiendo cuando regresé de Santiago ofrecer hasta hoy a los enfermos de aquella época mis servicios gratuitos en mi hospital, y más nunca he cobrado un servicio médico desde 1964. Le regalé al Ministerio de Salud Pública y a mi servicio de diálisis más de sesenta mil pesos, en equipos médicos comprados con mi trabajo (...) En 1965, el Dr. Machado me sugirió dedicarme a tiempo completo para desarrollar la Nefrología, aunque siguiera nominalmente como profesor de Medicina Interna.

En noviembre de 1966, al fundarse los Institutos de Medicina, se reconoce a mi servicio y a mi equipo como “Instituto de Nefrología” y se me nombra como director del mismo.

Aunque con muchos esfuerzos, comenzamos en 1969 a trabajar en función de lograr los trasplantes renales, llevando la especialidad a casi todo el país (...)"<sup>5</sup>.

Desde el principio, Buch despuntó como el líder indiscutible del equipo de especialistas que se había formado. Era un hombre de espíritu altruista, de carácter extremadamente sencillo y trato afable. Poseía el don de la oratoria y una maestría pedagógica sin par, que cautivaba a quien le escuchaba, aún a aquéllos que no tenían conocimientos sobre medicina. A sus estudiantes de Medicina Interna, les encantaba escuchar sus conferencias a teatro lleno, en el Anfiteatro del Hospital "Joaquín Albarrán", casi siempre apoyadas por diapositivas a color, que él mismo preparaba y proyectaba de manera ordenada y precisa, porque dedicaba mucho tiempo a la preparación de sus clases, por respeto a sus discípulos y a sí mismo. Escuchaba a todos los estudiantes con gran atención y respondía cada pregunta que le hacían con la mayor modestia. Compartía con todos sus vastos conocimientos, y contaba siempre interesantes anécdotas sobre su larga experiencia en la profesión, lo que convertía sus clases en auténticos divertimentos académicos y en verdaderas lecciones de moral y cívica. Era un hombre maduro, pero de mente muy joven, flexible, comprensiva y siempre abierta a las nuevas ideas. Cultivaba con celo la ética de la profesión, la cual sustentaba sobre sólidos principios y valores inviolables, tanto en el plano médico, como personal. Con su ejemplo personal, la transmitía a sus discípulos. Tenía un alto sentido de la justicia y la practicaba en todo momento. Profesaba un gran amor por su patria y por sus semejantes, especialmente por la gente más humilde. No toleraba las mentiras, las injusticias, ni el maltrato a los seres humanos. Cultivaba la amistad, como el mejor jardinero cultiva su más bella flor y en el plano íntimo familiar, amó a sus padres con devoción y fue un ejemplo de padre y abuelo, tierno y amoroso,

Corrían los años sesenta y no había tiempo para descansar. Había que trabajar afanosamente. Con tales características personales y consciente de la importancia de la tarea social que había asumido y la necesidad imperiosa de trabajar en equipo para lograrla, supo guiar con acierto a aquel pequeño grupo de colaboradores, quienes serían reconocidos con el decursar del tiempo, como fundadores, junto a él, de la especialidad de Nefrología en Cuba, y este grupo, poco a poco, iría creciendo, hasta convertirse en lo que sería en un futuro próximo el "Instituto de Nefrología".

El trabajo aumentaba cada vez más. Médicos, enfermeras, técnicos y auxiliares trabajaban codo a codo, sin descanso, días, noches y fines de semana. Había que hacer guardias permanentes. No había días feriados. Era una época de consagración total a la tarea.

---

<sup>5</sup> Abelardo Buch López: *Autobiografía*. 1985 (Archivo Familiar)

Sobre esta etapa, el Dr. Charles Magrans, uno de los fundadores, expresa:

“Fue una etapa muy linda, porque el Dr. Buch, aparte de su conocimiento, era un líder y le ponía amor a las cosas. Logramos constituir un Grupo que se dedicaba a esto; vivíamos para esto. Fue una etapa de locura de amor (...) Nos manteníamos al lado del enfermo mañana, tarde noche, sábado, domingo...Y eso era lo bonito, porque nadie nos obligaba, pero los domingos por la mañana, estábamos aquí todos; y los sábados por la tarde estábamos aquí también”<sup>6</sup>

Se intensificaba el bloqueo impuesto a Cuba por Estados Unidos, que incluía equipos médicos, reactivos y medicamentos, lo que obligó a comprar los dializadores y otros insumos de alto costo, durante muchos años, en forma casi clandestina.

En ese tiempo se incorpora a la unidad dialítica, el Dr. Adalberto Rodríguez López, excelente cirujano del servicio de Urología del hospital. Se cumplía así uno de los sueños del Dr. Buch, al lograr conjuntamente el tratamiento nefro-urológico de los pacientes renales y muy pronto la especialidad recién nacida se vio fortalecida, sobre bases más amplias y sólidas.

La experiencia adquirida con la hemodiálisis, sumada al empleo más frecuente de la diálisis peritoneal, facilitada por la entrada de los catéteres semirrígidos, traídos por un cardiólogo mexicano y gran amigo de Cuba, el Dr. Enrique Cabrera Cosío (1914-1964), permitieron perfeccionar el tratamiento de la insuficiencia renal aguda.

Después de haber sido inaugurada por el profesor Buch, en 1964, la Segunda Unidad Dialítica del país, en el Hospital Clínico Docente “Saturnino Lora” de Santiago de Cuba, adonde fue trasladado uno de los aparatos de “Riñón Artificial”, en 1965 se funda la Tercera Unidad Dialítica en el centro de la Isla, en el Hospital Clínico Quirúrgico Provincial “Celestino Hernández Robau”, con uno de los riñones artificiales recuperados en la Habana.

Ambas unidades quedaron funcionando a cargo de internistas bien entrenados y significaron un gran paso de avance, porque proporcionaban atención rápida a los enfermos del interior de la Isla, al no tener que trasladarlos hasta la capital del país. Era un paso importante, que permitía brindar una cobertura balanceada en tres puntos importantes dentro del territorio nacional.

Ese año, al incrementarse el trabajo de la Unidad Dialítica de la Habana, el Ministerio de Salud Pública y la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de la Habana, consideraron conveniente designar a los tres fundadores de la Nefrología (Dr. Buch, Dr. Magrans y Dr. Mañalich), para trabajar a tiempo completo en la Primera Unidad Renal de la Habana, que de hecho constituía el embrión que

---

<sup>6</sup> Testimonio del Dr. Charles Magrans Buch, en Jorge Pablo Alfonzo Guerra, Ob. Cit. P. 242

muy pronto, el 26 de Noviembre de 1966, por Resolución Número 500 del Ministerio de Salud Pública, llegaría a convertirse en el “Instituto de Nefrología” de Cuba, centro básico de formación y capacitación de todo el personal que trabajaría en las unidades renales del país. La plantilla original del Instituto contaba en total con 6 médicos, 12 enfermeros, 2 técnicos y 1 auxiliar de servicio.

Este reconocimiento social del pequeño equipo de trabajo, a nivel ministerial, llenó de orgullo al equipo y a su líder, lo que les insufló nuevos bríos para continuar la ardua tarea. Al mismo tiempo, esto determinó la necesidad de nuevos espacios dentro del hospital y se hizo necesario el incremento de recursos humanos y materiales para poder crecer. Con el tiempo, se irían sumando otros nombres a la plantilla inicial.

Lamentablemente, de esta época, no quedó constancia escrita. Los colaboradores más cercanos al Dr. Buch, recuerdan que él siempre repetía que: “No había tiempo para celebraciones ni publicaciones”. Había que seguir trabajando ardua y aceleradamente, para salvar vidas.

Fue un gran honor, pero a la vez, representaba un gran reto, que el “Instituto de Nefrología” fuera reconocido, entre los 8 institutos de especialidades médicas, y había que responder moralmente con logros más altos.

Por entonces, el trasplante renal con éxito era un sueño para Cuba. Ningún país en América Latina lo había logrado. Pero era necesario soñar lo imposible para lograrlo. ¿Qué podía esperarse en el caso de una pequeña isla como Cuba, bloqueada y sin recursos económicos? Era una utopía, pero había que luchar hasta alcanzarla...

En 1968, los Dres. Buch y Magrans, a instancias del Ministerio de Salud Pública, visitaron los principales servicios europeos de Nefrología (Reino Unido, Francia, Alemania, Hungría y Checoslovaquia), con el objetivo de conocer las principales líneas de investigación que se desarrollaban en la Nefrología a nivel mundial y obtener información de primera mano, sobre los trasplantes renales.

En ese mismo año se realiza un primer intento fallido de trasplante de riñón, pero el paciente murió a los pocos días, pues el riñón nunca funcionó.

En 1969 se compran los dos primeros riñones artificiales “Lucas”, de fabricación inglesa, como parte de un Plan experimental que comenzó para mantener pacientes con insuficiencia crónica terminal, que durante años no tuvieron una cobertura dialítica permanente y estable. Este plan permitiría con el tiempo, la realización de los primeros trasplantes exitosos, tras obtener la autorización del Ministerio de Salud Pública para realizarlos.

Después de varios intentos, el 24 de febrero de 1970, en el “Instituto de Nefrología”, ubicado físicamente en el 5to. Piso del H.C.D. “Joaquín Albarrán”, se realizaba el primer trasplante de riñón exitoso en Cuba y en América Latina. Tras varios días de incertidumbre, el paciente trasplantado evolucionó de manera

excelente y vivió una vida normal por largo tiempo, hasta que murió 17 años después con funciones renales normales, por causas totalmente ajenas e independientes al trasplante realizado. Posteriormente en el mismo año, se realizaron 17 trasplantes más, exitosos. Cuatro de ellos, sobrepasaron los 20 años de supervivencia con función renal normal.

La nefrología se vestía de gala y se inscribía por derecho propio, en las páginas más gloriosas de la historia de la medicina cubana.

En ese mismo año se funda la Sociedad Latinoamericana de Nefrología (SLAN), cuyo Primer Congreso se realizó en México, D.F. en 1972. En ese evento, el Dr. Abelardo Buch López, fue reconocido como “el padre de la nefrología cubana” y fue nombrado Presidente de Honor de esa Sociedad, hasta su fallecimiento, que acontecería el 4 de junio de 1996, tras una prolongada enfermedad.

Cabría preguntarse:

¿Quién fue Abelardo Buch López?

¿Cuáles fueron sus raíces y sus orígenes?

¿Cómo llegó a convertirse en el *padre* de la nefrología cubana?

El 2 de enero de 1912, hace 105 años, nacía en el Caney de Oriente, en Santiago de Cuba, el penúltimo de los 15 hijos de un matrimonio formado por José Buch y Ángeles López, ambos de origen campesino, muy humilde, quienes por demás, habían quedado desde pequeños, huérfanos de padre y habían padecido en su niñez y juventud, los rigores de la más extrema pobreza. Pero a pesar de la pobreza de su hogar, Abelardo recordaba con agrado su niñez y evocaba con nostalgia y ternura a sus padres con las siguientes palabras:

“Supongo que mis padres, huérfanos, nunca disfrutarían de un juguete, pues yo tampoco recuerdo haberlo tenido en mi infancia. Sin embargo, recuerdo con orgullo la honradez y laboriosidad de mi madre, a la que nunca vi ociosa; tuve la oportunidad de ir a verla morir a nuestra finquita, el día que, preparando el desayuno, a los 72 años de edad, sufrió un accidente cerebro-vascular, del cual muere la misma noche. Era extraordinariamente dulce de carácter, y buena, como he conocido a pocas personas.

Mi padre, a la inversa de mi madre, fue un hombre de extraordinaria energía, con una gran inteligencia natural y fortaleza física, desarrollada en los rudos trabajos que hizo en su juventud, y de una austeridad y desprendimiento increíbles, para quien sufrió tantas privaciones en la vida.

Participó en la etapa final de la guerra contra España; cayó preso al poco tiempo en el Caney y fue deportado a Puerto Rico, hasta que se firmó el armisticio hispano-americano. Siendo yo muy niño, él tuvo que limitar sus esfuerzos físicos, debido a un proceso osteoarticular, y se refugió en la lectura, llegando a ser juez lego del Caney, muy respetado, y acumuló una notable cultura general, que cultivó durante su larga vida, ya que murió de

una hemorragia cerebral a los 93 años, después de haber padecido de varias trombosis que sí tuve la oportunidad de atenderle con éxito”<sup>7</sup>.

Ese niño mostró muy pronto tener una gran inteligencia natural y afán por el estudio. Con el tiempo, la voluntad y la tenacidad que le caracterizaron desde pequeño, le harían enfrentar todo tipo de adversidades para lograr estudiar hasta el nivel pre-universitario.

Durante su infancia, Abelardo cursó sus primeros estudios en una Escuela Pública ubicada frente a la pequeña finquita de la familia. El último año de primaria, lo realizó en la Escuela Anexa a la Escuela Normal de Santiago de Cuba, gracias al apoyo de una tía paterna, “la tía Concha”, que era maestra retirada y había percibido en el sobrino un gran talento y vocación para el estudio y la investigación. Más tarde, la Preparatoria para el Bachillerato, la cursó en el Colegio “Juan Bautista Sagarra”, del Dr. Luis Buch, primo de su padre, quien le ofreció el curso con carácter gratuito, y le regaló los libros y los uniformes.

Abelardo siempre le recordó con especial agradecimiento a lo largo de su vida, y sobre él expresaba:

“Era un hombre muy bueno y altruista, y entre otras cosas, fue el creador del Hospital de Emergencias de Santiago de Cuba, no obstante, ser maestro y no médico”<sup>8</sup>.

Refiriéndose al Bachillerato, agregaba:

“Mi adolescencia fue menos feliz que mi infancia, aunque me puedo sentir satisfecho de ella. Realicé todo el Bachillerato, como entonces se llamaba la Enseñanza Pre-Universitaria, en el Colegio privado de más relieve de Santiago de Cuba, el “Colegio de Dolores”, de la Compañía de Jesús (...) Pude asistir a ese Colegio porque mi tía Concha, ya mudada con nosotros y soltera, dedicaba prácticamente buena parte de su modesta pensión al pago del colegio, uniformes y libros. Ya en ese entonces, yo soñaba con ser médico, porque a los 7 u 8 años de edad, jugando en la tarde con mis amigos de la familia Burgos, uno de los dos perros ganaderos que utilizaba el amigo peón de ganado de mi padre para transportar el ganado, me dio una grave mordida en el muslo derecho, cauterizándome la campesina María Luisa con ajo molido dentro de la mordedura, lo que me alivió rápidamente, pero al infectarme severamente, mi padre me llevó por primera vez, que yo recuerde y sepa, a un médico, ya famoso en Santiago de Cuba, el Dr. Rafael Parladé Peña, magnífico cirujano obstetra y médico general, como era usual entonces, casado con la hija de mi maestro Dr. Luis Buch. Este hombre fue tan bondadoso con mi padre y conmigo, tan cuidadoso en el tratamiento y tan humano, al dejarme jugar en el patio de

---

<sup>7</sup> Abelardo Buch López: *Autobiografía*. 1985. (Archivo familiar)

<sup>8</sup> Ibid

su casa con juguetes costosos de sus hijos, que yo nunca antes había visto, que desde entonces anhelé parecerme a él, y tuve la suerte, años después de haber triunfado la Revolución, cuando sus dos hijos médicos se fueron a los Estados Unidos, que viniera él a la Clínica Miramar (hoy Cira García) a operarse de la próstata, haciendo una severa complicación anestésica, que pude yo resolverle después de más de 24 horas de atención permanente. Ya a mediados de mi Bachillerato, hacia 1926-27, se intensificaba la lucha obrera y estudiantil contra la dictadura de Machado, y la guardia rural, que siempre fue en general abusadora con el campesino, comenzaba a reprimir las manifestaciones estudiantiles. Durante ellas, conocí a Newton Briones, a Floro Pérez y a algunos de mis futuros compañeros de colegio, como Roberto García Ibáñez, Raúl Gutiérrez y muchos otros”<sup>9</sup>.

Durante el Bachillerato, le gustaba estudiar, en particular todo lo relacionado con la Biología, y las Ciencias Naturales, realizando concursos en los que ganó primeros premios en estas disciplinas, mientras que José Antonio Portuondo, quien llegaría a ser uno de los intelectuales cubanos más afamados del siglo XX, alumno también de su curso, se destacaba en las letras y la historia.

Al mismo tiempo, gustaba de practicar deportes, sobre todo, Balompié y Carreras, mientras que durante las vacaciones, en el Caney, practicaba el Boxeo y la Pelota, con sus amigos del barrio. En las vacaciones también le realizaba trabajos de campo a su padre, y confiesa casi con arrepentimiento en su *Autobiografía*, que le avergonzaba que le vieran los estudiantes del colegio Dolores, porque luego se burlaban de él, como si fuera bochornoso trabajar en el campo.

“Yo no podía vestir bien y mis relaciones eran muy limitadas, pero dignos sacerdotes entre los Profesores me distinguieron con su afecto, y fui el único estudiante de la enseñanza incorporada que aprobé todas las asignaturas en junio, sacando dos o tres veces el máximo galardón del Colegio en la entrega de premios, aunque al terminar, tenía que irme a pie hasta mi finquita, porque las guaguas paraban a las 11 p.m. y el tránsito a altas horas de la noche se hacía muy desagradable por el extremismo de los guardias y la Policía con la juventud.

Nunca olvidaré que por la rectitud de mi padre, me tuve que pasar los 3 meses de vacaciones, al terminar el Bachillerato, trabajando en la finquita, en el acondicionamiento de un potrero para los caballos, para reintegrarle \$15.00 pesos que me adelantó a mediados de curso para celebrar unas fiestas anuales que tenían lugar en el parque de El Caney, el día del Patrón del pueblo.

Mi juventud fue muy insegura, sobre todo por mi condición de estudiante pobre, aspirando a una carrera casi privativa de jóvenes ricos, o procedentes de la clase media acomodada”<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Ibid

<sup>10</sup> Ibid

Finalmente, logra llegar a la Habana, decidido a estudiar Medicina. Comenzó a estudiar la carrera universitaria, cuando ya los estudiantes se enfrentaban frontalmente al Machadato. Matriculó en 1929 en la Escuela de Medicina de la Universidad de la Habana, el curso de Premédica, el cual, a su juicio, era como un freno que se ponía a los estudiantes, con una enseñanza teórica y arbitraria. Vivía gracias al apoyo de su tía Concha, en una casa de huéspedes situada en Línea y J, cerca de la Universidad, que era propiedad de una familia oriental, donde vivían casi todos los estudiantes santiagueros más ricos, a excepción de dos o tres más pobres, y por supuesto, él entre los más pobres. En aquella casa, entre los estudiantes había un ambiente revolucionario y allí conoció a varios jóvenes pertenecientes al Directorio Estudiantil, que influirían decisivamente en su futuro.

Corrían el año de 1930. Se organizó una manifestación contra Machado, en la que los estudiantes fueron agredidos por la policía, produciéndose la muerte de Rafael Trejo y clausurándose la Universidad en esos días, por lo que Abelardo tuvo que volver al Caney, con más pobreza que nunca, sin un centavo en el bolsillo.

Hacia el año 1931, acuciado por la falta total de dinero, compró con trescientos pesos, mediante un préstamo conseguido por su padre, una bodeguita a poca distancia de la casa; la arregló con la ayuda de sus humildes pero solidarios amigos del barrio, y la mantuvo junto con uno de sus hermanos, por casi dos años, vendiéndole al barrio, a algunos pocos amigos de Santiago, los menos, y a sus padres y hermanos, que todo se lo compraban para ayudarlo. Sobre esto, refiere:

“Ahí, estoy seguro que aprendí la disciplina del trabajo, y saqué lo suficiente como para hacer un curso al reabrirse la Universidad, ya que mi pobre tía murió de Paludismo Pernicioso y mis padres no tenían por aquella época recurso alguno con qué apoyarme”.

Cuando se abre la Universidad a la caída de Machado, dejo la bodeguita y vuelvo para la Habana, y en esa ocasión fui a parar a Jovellar y N, en un tercer piso, en la casa de Dorinda Doubeet, viuda del General Laurent que peleó con Maceo, y madre de Delfín Laurent ya médico, y de Emilio Laurent que había sido jefe de la Expedición de Gibara, ambos hombres muy valientes, al igual que su madre, como tuve ocasión de comprobar en actividades revolucionarias cuando la traición de Batista. Andando el tiempo, Laurent sería mi compañero de Consulta hasta su muerte, y recuerdo que ese año pudimos estudiar maravillosamente Águila y yo con los libros de Laurent, que había estado asilado en los Estados Unidos, por las persecuciones sufridas.

Ese año se nos unió en los estudios hasta que acabamos la carrera, Newton Briones, quien pertenecía a la “Joven Cuba”<sup>11</sup>.

Los siguientes años de su carrera, transcurrieron con las mismas vicisitudes: carencias económicas, inestabilidad, cierres universitarios..., pero estudiando

---

<sup>11</sup> Ibid

profundamente y trabajando de manera gratuita en hospitales, como el “Calixto García” y “Emergencias”, en los que adquirió una experiencia invaluable.

En 1935, a la muerte de Guiteras, por sus estrechas relaciones de amistad con Newton Briones, conocido guitarrista, tuvo que esconderse en el “Asilo de Sordomudos” del Cerro, donde se quedó viviendo por espacio de dos años. Trabajando en el Asilo, se casó en primeras nupcias con Urania Rivero Montalvo, maestra del colegio “La Luz”. Ella ganaba \$ 25.00 pesos y Abelardo ganaba sólo \$ 15.00 en el Asilo de Sordomudos. Comenzaron a vivir su vida de casados, en un pequeño cuartico, que era todo lo que podían pagar. Muy pronto, cambiaron al director del Asilo, y le dieron la plaza que ocupaba a otro médico, oculista, por lo que tuvo que volver a El Caney por unos meses, en busca de recursos económicos, con la Universidad aún cerrada.

Cuando se reabrió la Universidad, su padre le consiguió \$ 100.00 pesos y pudo alquilar una casa en 40 pesos al mes, en San José, entre Mazón y Bazarrate, muy cerca de la Universidad. Allí ubicó a 7 estudiantes, amigos santiagueros de pocos recursos y colocó una cocinera, que vivía en una cuartería de al lado.

Así se refiere a esa época:

“Realizamos un curso perfecto, con sobresaliente en todas las asignaturas. Me presenté por primera vez a premios y logré 3 premios universitarios”<sup>12</sup>.

El siguiente curso alquiló una casa mayor y trajo de nuevo a varios estudiantes santiagueros. Cuando mejor iba el curso, se produjo una nueva manifestación a Palacio contra Mendieta y Batista, con la balacera correspondiente y el cierre universitario. Todos los estudiantes santiagueros, retornaron a Oriente. Tuvo que entregar la casa y volver al Caney por unos meses.

Cuando se reabre la Universidad, logra una plaza de alumno interno mediante concurso por oposición, en el Hospital “Reina Mercedes”, donde realiza un magnífico curso, con sobresaliente en todas las asignaturas y alcanza la cifra de 8 premios universitarios, a pesar de haber comenzado a optar por premios, solo a partir del 3er. Año de la carrera. En ese año tuvo a su primer hijo, Abelardo Buch Rivera. Finalmente, logró concluir la carrera. A esa época, se refiere en los siguientes términos:

“Cuando termina la carrera, que fue tan agotadora, me fui al Caney a descansar 20 días en la finquita de mi padre, asegurándome el director que tenía el 2do. lugar para la Residencia de ese Hospital, y a mi regreso me encontré que se había falseado el concurso (...), por el Patronato que lo manejaba, y me encontré ya médico, con más de ocho años de experiencia hospitalaria, con una magnífica preparación teórico-práctica, trabajando gratuitamente con el Profesor Grande Rossi (de quién siempre fui alumno

---

<sup>12</sup> Ibid

ayudante y quien me hizo Instructor), hasta su muerte, y con desavenencias con mi esposa que me costaron el divorcio, teniendo que quedarme el año 1940-41, ya de médico en La Habana, sin un centavo de entrada y sin poderme ir a Santiago de Cuba, para no desatender a mi hijo. El Dr. Andrés Fleites, compañero de curso, me permitió poner en su cuarto del Edificio Carreño una colombina y viví de milagro casi un año, dependiendo prácticamente de la caridad de algunos compañeros, y en particular de los cocineros de la guardia nocturna en el hospital "Reina-Mercedes".

Mi vida laboral fue muy larga, pues de niño y adolescente realicé labores de campo en la finquita de mi padre. Construí algunos gallineros en el barrio, ayudé en vacaciones del bachillerato como peón en la construcción de un aljibe, en el que todavía se lee la fecha de construcción y mi nombre; tuve un año la bodeguita, y compraba y vendía puercos durante algunos meses.

De estudiante universitario, caí en la Escuela de Sordomudos para esconderme a la muerte de Antonio Guiteras, en quien tantas esperanzas ciframos los jóvenes universitarios, y allí me quedé trabajando más de un año, hasta que me botaron para poner a un pariente del nuevo director.

Entre 1939-40 fui alumno por concurso del Hospital "Reina Mercedes".

Del 40 al 44 no tuve ningún sueldo estatal, fundando mi primera consulta en San Lázaro # 1210 en 1941, con los Dres. Newton Briones, Otorrino Laringólogo; Enrique Echeverría, Cirujano; Fidel Aguirre, Radiólogo; Andrés Fleitas, Laboratorista, y yo como clínico. Conseguimos 50 pesos cada uno, y varios pequeños créditos en casas comerciales y estuve con ellos hasta 1944, desarrollando progresivamente una numerosa clientela. Llegué a convertirme en el Clínico de confianza de toda la Colonia Suiza y Alemana de La Habana, que entonces era numerosa, y de muchos comerciantes relacionados con ellos, de diferentes ciudades del País.

En 1944, con el triunfo electoral de Grau, que provocó la estampida de Batista y sus represivos, nombraron a mi inolvidable amigo e incansable luchador, el Dr. Juan Bermúdez, como director del "Asilo Nacional de Ancianos", con más de 300 asilados, en Casablanca, que vivían en el mismo abandono que los dementes de "Mazorra" de entonces. Bermúdez me hizo jefe de Clínica del Asilo, cargo que desempeñé hasta el 48. Entre ambos, logramos humanizarles la vida a aquellos ancianitos, y al mismo tiempo, fui adquiriendo una experiencia geriátrica que me valdría para siempre, operando con el Dr. Portilla a todos los prostáticos, que eran docenas, y con el Dr. Echeverría a infinidad de herniados. En el mismo Asilo, con una pequeña clínica que organizamos, asistimos a todos los portadores de cataratas con el Dr. Durán, creándoles pase de visita diaria, en guagua y en la lanchita de Casablanca. Les balanceamos la alimentación y les brindamos un trato humano<sup>13</sup>.

Al triunfo de Prío, restituyeron en el cargo al Dr. Cuellar, oculista que nunca operó en el Asilo ni una catarata, y que había sido depurado al inicio del gobierno de Grau. De este modo, Abelardo perdió su plaza de trabajo. Ya para entonces,

---

<sup>13</sup> Ibid

desde el punto de vista económico, esto no le afectaba, pues ganaba muchísimo más en su consulta privada, pero afectivamente le dolió mucho esa injusticia, pues amaba la labor de atender a aquellos ancianitos desvalidos, y al tener que abandonar el Asilo, perdió un formidable material docente que había acumulado durante años y que utilizaba para las clases que impartía, como Instructor sin sueldo, primero con el Profesor Grande Rossi, desde su graduación hasta la muerte de su maestro, en 1945, y más tarde con el Profesor José Bisbé.

A principios de la década de 1950, el Dr. Buch se convertiría en uno de los más afamados médicos de la sociedad habanera y llegaría a ocupar una destacada posición en la Medicina Privada Cubana, atendiendo a cerca de tres mil familias de toda Cuba, algunas extraordinariamente ricas, que mucho le insistieron para que abandonara el país en los primeros años que siguieron al triunfo de la Revolución de 1959, tal vez por no conocer bien sus raíces familiares, y su identificación con la gente humilde, ya que a pesar de haber logrado desarrollar una magnífica consulta privada, desde finales de los años cuarenta, y una solvente clientela que le aportaba excelentes dividendos, jamás abandonó el trabajo hospitalario que siempre le gustó tanto realizar, y que, de hecho, realizó gratuitamente por muchísimos años.

Finalmente, en junio de 1957 se abrió el Hospital Clínico Quirúrgico Municipal, situado en Avenida 26 y Rancho Boyeros, hoy "Joaquín Albarrán", que al tener servicio de Pensionistas y ser por entonces el hospital mejor habilitado de La Habana, le permitía ingresar a todos los enfermos que atendía en su consulta privada, independientemente de la posición económica que tuvieran, incluidos los pobres de solemnidad, sin tener que pasarse las madrugadas deambulando de una a otra Clínica Privada.

Al Triunfo de la Revolución en 1959, aunque continuó trabajando en el mismo Clínico Quirúrgico, hospital sin docencia acreditada entonces, ante la fuga de profesores de medicina que partieron hacia los Estados Unidos, recién haber triunfado la Revolución, se le contrata en ese hospital como Profesor de Medicina Interna y de Patología General. Luego, con los Dres. A. Pire, José Pereda, y A. Sentí, ayudó a sentar las bases para llevar la docencia al hospital, que pronto sería denominado como Hospital Clínico Quirúrgico Docente "Joaquín Albarrán". Continúa en Medicina Interna, pero desarrollando a partir de 1962 los métodos dialíticos (Riñón y Diálisis Peritoneal). Por encomienda del entonces Ministro de Salud Pública del gobierno revolucionario, viaja a Praga en 1963, para pasar un entrenamiento de tres meses en métodos dialíticos y prepararse en la especialidad de Nefrología, que por entonces, no existía en Cuba.

Sobre las causas que le impulsaron a estudiar la carrera de medicina, y sobre los logros que había alcanzado como médico, el Dr. Buch señalaba:

"Estudí la carrera de Medicina con la más pura vocación y sin ninguna razón para aspirar a nada relevante en ella, por mi modesta formación

social, por mi pobreza y por la falta total de relaciones al inicio de mis estudios y de mi vida profesional.

Trabajé y estudié incansablemente al lado de buenos profesores, siempre en hospitales docentes.

Al triunfo de la Revolución había logrado una profunda experiencia clínica. Ejercí profundamente la Medicina Interna siempre con buenos recursos de Laboratorio al lado.

Logré una clientela insospechada que me permitió poseer una de las consultas mejor dotadas de Cuba, y que me posibilitaba cada 2 o 3 años, a partir de 1948, asistir a los Congresos de la "American Medical Association", sin dudas, fuente de información actualizada y de adquisición de publicaciones, y a veces de innovaciones no tan costosas como ahora, en la investigación. Recuerdo haber realizado en mi consulta las primeras captaciones de Yodo Radioactivo con mi compañero de curso, Dr. Ovidio La Osa, haber introducido el primer Colposcopio para el diagnóstico precoz de las lesiones malignas del cuello uterino, y creé la entrega del carnet preventivo a mis clientes desde 1952, que registraba en tarjeta laminada todos los datos orientadores para uso inmediato en caso de cualquier contingencia.

Cuando en el año 1960, renunciaron a un tiempo en pleno curso académico, 150 de los 164 profesores de Medicina de la Universidad de La Habana, inmediatamente me oferté y fui contratado por el Dr. Pedro Baeza para continuar dos cursos de Patología General y Clínica del "Hospital Mercedes", que se llevaron a cabo con rotundo éxito.

En 1962, cuando se incorporó el Hospital Clínico Quirúrgico del Municipio de La Habana a la red de Hospitales Docentes, contribuí de corazón a iniciar la docencia de Medicina allí con los Dres. Pire, Perera y Sentí, y toda la gente más valiosa que había entre los jóvenes del Hospital.

A finales de 1962, sugerí al Dr. Machado Ventura desarrollar en la Medicina Revolucionaria los métodos dialíticos que sustituyen la función renal en caso de su deterioro, ya que el único médico con algún poco de entrenamiento en los Estados Unidos, que aplicaba el único riñón artificial en uso en Cuba, precisamente en el Hospital "Joaquín Albarrán", el Dr. Guido Álvarez, se había ido clandestinamente del país, sin enseñar el procedimiento a nadie, en el momento de mayor número de muertes por falla renal, debido a las maniobras abortivas clandestinas, y a la extensión masiva del empleo de la transfusión sanguínea sin los suficientes recursos técnicos y humanos necesarios.

No me quedó más remedio que impulsar con mi equipo docente de Medicina, y con el apoyo del nefrólogo checo Jiri Jirka, dicho procedimiento, prácticamente en horas de la madrugada, trabajando todos por el día en la docencia; profundizar en los mecanismos del shock y en el perfeccionamiento de su tratamiento para prevenir en muchos casos el fallo renal, y realizar una verdadera cruzada con valiosos testimonios gráficos por todos los Hospitales más importantes del interior(...) Tuve que centrar la atención de mi grupo de trabajo, a sugerencia del Dr. Machado, en el

desarrollo de la Nefrología, aislándome de mi vocación de siempre, la Medicina Interna, aunque sin abandonarla.

En 1964, inicié en Santiago de Cuba el primer curso de Medicina Interna de esa Facultad”<sup>14</sup>.

Sobre los principales logros que consideraba haber alcanzado en la Nefrología, el Dr. Buch señalaba:

“Que se reconociera en nuestro país al Grupo que yo dirigía, como “Instituto de Nefrología”.

“Haber perfeccionado los métodos dialíticos, así como el diagnóstico, tratamiento y prevención de diversas enfermedades clínicas renales, tales como Insuficiencia Renal Aguda y Comas Tóxicos; Glomerulopatías; Infección Urinaria; Aspectos Clínicos y Metabólicos de la litiasis (cálculos renales); Anomalías congénitas, anatómicas y genéticas; y abordar el tratamiento del crónico renal en todos sus aspectos, contribuyendo al desarrollo de la Inmunología y a la realización del trasplante renal.

Haber logrado que se reconociera internacionalmente la Nefrología cubana. Haber asistido, a todos los Congresos de la Sociedad Internacional de Nefrología, desde el 2do en Praga en 1963, hasta el último en California, en 1983.

Haber roto el bloqueo contra la Medicina de Cuba en 1972, al ser reconocido como Miembro Fundador de la Sociedad Latinoamericana de Nefrología, en el Primer Congreso de la misma, celebrado en México ese año.

Haber tenido los delegados cubanos, una destacada participación en todos los Congresos de Nefrología celebrados.

Haber sido designado por la Sociedad Latinoamericana de Nefrología, como invitado de honor, al congreso celebrado en Río de Janeiro.

La designación de mi modesta persona, como “Presidente de Honor” de la Sociedad Latinoamericana de Nefrología, desde hace algunos años”<sup>15</sup>.

Por último, sobre las mayores satisfacciones personales que había experimentado a lo largo de su vida profesional, el notable galeno acotaba:

“Haber dado a los médicos más jóvenes el ejemplo de cambiar la práctica de la Medicina Privada muy bien retribuida, por el noble ejercicio de la Medicina Social, totalmente gratuita, en razón de brindar el mayor esfuerzo, al más necesitado de los recursos.

Sentirme orgulloso de haber sido leal a la modestia y humildad de mi padre, mi madre y mis amigos y compañeros de la infancia.

Saber que brinda mayor felicidad en la vida, la satisfacción de sentirse apreciado y querido por lo que se ha hecho en bien de otros, con la mejor

---

<sup>14</sup> Ibid

<sup>15</sup> Ibid

intención y con desprendimiento, que lo que pueda ser empañado por el cálculo, la ostentación o la satisfacción material”<sup>16</sup>.

**Bibliografía:**

- 1) Abelardo Buch López: *Autobiografía*. 1985. (Archivo Familiar).
- 2) Jorge Pablo Alfonzo Guerra: *Historia de la Nefrología en Cuba*. Editorial de Ciencias Médicas. La Habana, 2013.

**Autora:**

**Rita M. Buch Sánchez**

Dra. Sc. Rita M. Buch Sánchez

Profesora Titular Consultante de la UH

Académica Titular de la ACC

e-mail: [rita@cubarte.cult.cu](mailto:rita@cubarte.cult.cu)

*Presentado: 25 de enero de 2017*

*Aprobado para publicación: 20 de noviembre de 2017*

---

<sup>16</sup> Ibid